

RECUERDOS DE MIL AÑOS

“J' ai plus de souvenirs que si j' avais mille ans”.
CHARLES BAUDELAIRE, en *Spleen*.

—¿Ha trabajado en otro diario? — me preguntó Manuel Ugarte, con aquella su voz como aterciopelada, varonil, entre afectuoso y desconfiado.

Mentí; pero, a medias.

—Si...

Volvió a mirarme, un poco más severo:

—Le manifiesto que en mi diario no puedo admitir aprendices...

Me arriesgué, con el aplomo propio de la desesperación en última instancia:

—Don Manuel... Me prueba... Si a la semana no le doy cumplimiento, yo mismo me despediré.

Pareció agradarle la cosa. Oprimió un timbre y, de inmediato apareció un hombre corpulento y resoplante, que me miró indiferente. Dirigiéndose en tono como de disculpa, Ugarte le dijo:

—Señor de Puga... Este joven comenzará a trabajar desde hoy... Déle algo... Informaciones estudiantiles...

Así comencé. Fue el 29 de noviembre de 1915.

El vespertino *La Patria* había aparecido el miércoles 25 de noviembre. Su redacción, en Corrientes 478. Manuel Ugarte, idealista, lo presentó como un periódico sin compromisos políticos o financieros, dispuesto a contribuir a la realización de “una Argentina más grande, no en el sentido geográfico de las fronteras, sino en el sentido elevado de la eficacia eco-

nómica, diplomática y espiritual que debe dar a nuestro país una personalidad definida”.

Muchos muchachos, entonces, simpatizábamos con Ugarte. Su acción social, más que su obra literaria, nos atraía. Como poeta y cuentista, Ugarte comenzaba a desdibujarse, lo mismo que su generación parisina. En lo otro, no. Muchas de sus ideas hispanoamericanistas y de sus propósitos anti yanquis son aún actuales. Empero, para esta evocación semisecular, ello no cuenta. Me propongo exclusivamente evocar ciertos momentos y determinadas figuras más o menos literarias de las que pasaron por la fugaz redacción de *La Patria*.

Rodolfo de Puga (que también dirigía el popular semanario *Tit-Bits*) me llevó a remolque hasta la sala de redacción. Su escritorio norteamericano, de los de cortina, era el único mueble aparente. Anchos tablonos, colocados sobre rústicos caballetes, improvisaban una mesa, cubierta por papeles, periódicos recortados, amarillentas “cuartillas”, pots con maloliente engrudo, desportilladas plumas y vulgares tinteros. En los muros, los carteles que habían anunciado la aparición del “diario independiente de la tarde”. No había suciedad. En cambio, eran evidentes la pobreza y la improvisación.

De Puga me tuvo todo el resto de la mañana “dando vuelta” a uno que otro despacho telegráfico de *La Nación* y de *La Prensa* que él parsimoniosamente iba recortando entre resoplidos y gestos de malhumor. Yo fui “hinchándolos”, disfranzándolos, como pude.

Antes de salir para el almuerzo, un individuo de aspecto desagradable, granujiento el rostro y confianzudo el ademán, me entregó una lista con tres o cuatro direcciones anotadas.

—Visítelos esta misma tarde... Son los doctores Fulano, Mengano y Perengano. Interróguelos sobre el apresamiento del vapor *Bartolomé Mitre*...

Salí ufano. Serían mis primeros reportajes...

Con el bocado en la boca, llegué a la primera dirección, en la calle Pozos, allá por el viejo Arsenal de Guerra. A media tarde, en plena siesta, llamé a la puerta. Demoraron. Se abrió

un postigo y, por detrás de la reja, una voz afeminada me preguntó:

—¿Qué buscás?...

—¿El doctor Fulano?...

—¿Querés dejartø de... fastidiar?... Recién abrimos a las siete...

Me percaté de la broma y de la índole de las direcciones que me habían dado. Pagué la chapetonada. No dije ni palabra. A la mañana siguiente, de Puga me envió a la Penitenciaría Nacional. Laboriosamente redacté una información que ocupó veinte cuartillas. Al salir el número de aquel día, casi no la encuentro. La habían reducido a cincuenta líneas. Con todo, no podía quejarme.

Mi primer camarada en *La Patria* fue Rufino Marín. Un muchacho larguirucho, flaco, de rostro expresivo y ojos saltones y ardientes. Demostraba gran admiración por Ugarte y una tremenda veneración por Soiza Reilly. Escribía remedándolo a este último, en brevísimos párrafos salpimentados de puntos suspensivos y exclamaciones inusitadas. Hasta en los temas imitaba al gran cronista que, entonces, visitaba los frentes de la gran batalla europea. Marín acababa de publicar un tomito, *Remembranzas*, ufanándose debido al prólogo con que Soiza le había regalado. Y el autor de *El alma de los perros*, no se había mostrado muy generoso que digamos, pues iniciaba su encomio diciendo: “Yo no sé si Rufino Marín tiene talento...” (Cruelles genialidades que, con la gracia de una frase ocurrente, producen imborrables heridas). Por fortuna, Marín, con los años, su inquietud constante, su espíritu periodístico y su generosidad evidenció tenerlo. El futuro autor de *Las visiones de un pájaro loco* era de los que creían en la eficacia de la teatralidad para obtener una buena información. Recuerdo que en *La Patria* le encomendaron una nota sobre los atorrantes que infectaban el Paseo de Julio. Aquella mañana apareció en la redacción con la cabeza rapada y vistiendo ropas astrosas. Salíó así para cumplir su encomienda. Y, a la hora escasa, desde la comisaría, nos llamó el fotógrafo diciendo que Marín es-

taba preso porque, sin más, un celoso vigilante, tomando en serio su disfraz, lo había detenido conjuntamente con otros vagabundos. Ugarte, hombre mesurado y al cual no le agradaban tales exorbitancias, estuvo a punto de despedir al héroe de la jornada. Reconozco que no en vano recelaba de los aprendices de periodistas...

Al frente, entre el despacho del director y la redacción, en una salita amueblada con cierto decoro, trabajaban los redactores calificados de *La Patria*. Uno era el poeta Eugenio Díaz Romero, y el otro el inolvidable Javier de Viana. El primero, caballero "muy paquete", autor de *Harpas en el silencio*, formaba parte del ya declinante grupo de los rubendarianos. Con su revista *E! Mercurio de América*, en 1898, aportó no poco a la poética causa; luego, abandonándola, establecióse en París, colaborando en las consagradoras páginas del otro *Mercurio*, el fundado por Vallette y Gourmont. Por aquel entonces cultivaba la musicalidad verbal, viéndose a las claras que la actividad periodística la tomaba a manera de concesión. Su más reciente trabajo poético databa del año 1911. *La lámpara encendida*, daba aún luz a algún despacho oficial donde, luego de las mañanas de *La Patria*, refugiaba su estampa de elegantón frisando los cuarenta.

Javier de Viana era otra cosa. Alto, cenceño, un poco agobiado, pausado en el andar, melancólica la expresión de su rostro flacucho y oliváceo, escaso el bigote, mostraba una bonhomía gaucha, entre paternal y displicente. Sus ojos, fatigados en la búsqueda de horizontes en la inmensidad y en los espíritus, iluminábanse a la aproximación de una amistad. Su palabra, sencilla y de un tono opaco, jamás se mezclaba con la iracundia ni con la acidez rencorosa. En cuanto se le veía ya se le quería para siempre. Mi contacto con Viana, su paternal amistad en esa desolación afectiva que aqueja siempre a los muchachos de dieciocho años, dejó en mí profunda huella. Encontrarme con él en *La Patria* constituyó algo así como mi definitiva confirmación en el credo periodístico. Diez años antes, cuando en Buenos Aires se preparaba la última revolución que emprendió

Aparicio Saravia, Viana había parado en casa de mis abuelos maternos. Al día siguiente de estar en *La Patria*, me le presenté. Viana, colocándome la huesuda diestra sobre el hombro, se limitó a decirme: “¿Qué le vas a hacer, muchacho?... ¡Ya estás metido!” Javier de Viana, hombre de vasta cultura, trabajaba mucho en el diario. Por la tarde llegábase hasta la imprenta, pedía su “suelto”, como él decía, y le echaba un vistazo, sin darle mayor importancia.

Otro de los camaradas jóvenes fue Pablo Suero. Era ya el autor de *Los Cilicios*, que aparecerían en 1920. Llevaba todo su haber literario bajo el brazo cortón, que no alcanzaba a abarcar libros y papeles. Suero, entre sorbos del cafecito con que uno, si podía, le convidaba, recitaba varios de sus sonetos, amargos y sonoros, contruidos como bellas redomas envenenadas. Rodolfo Olivera, que era un peje en eso de minarle el puesto a los secretarios de redacción, y que pronto sustituyó a de Puga, poniendo bastante veneno solía anunciar al poeta diciendo: “Ahí viene Pablo Suero con su cilicio y su carne putrefacta”. Menos cruel, años después, Roberto Mariani diría del gordo y pequeño poeta: . . . “Camina Pablo Suero, redondo pelotín. . . Y, al compás de una balada de Paul Fort. . . Nos pecha diez centavos para un copetín. . .” Aquel muchacho asturiano sólo tenía entonces dieciséis años. Carirredondo, aovados los ojos que encaпотaban pesados párpados, lucía un flequillo rebelde que él en constante ademán maquinal echaba hacia atrás. Imagen del definitivo poeta bohemio, Suero titulábase secretario privado de Manuel Gálvez, y le vendía, con provecho para sí, muchos ejemplares de sus novelas, previa presentación de vales apócrifos a monsieur Korní, el gerente de la Agencia General de Librería. Lo cierto es que pasaba verdaderas necesidades. Por unos centavos que, en el mejor de los casos, no llegaban a un peso, con virulencia muy particular, perjeñaba los sueltejos que luego firmaba un tal Heredero, jefe de la página teatral. Tales ventajas económicas solían enturbiarlas las palizas y bofetadas que recibía en los vestíbulos y mentideros teatrales de la calle Corrientes. Algunas noches encontré al “niño terrible” muy

del brazo, tambaleándose en mutua fraternidad dipsománica, con don Félix Alberto de Zavalía, el autor de *Música de Cámara*. Zavalía pudo ser uno de nuestros más finos comediógrafos. No se bien qué íntimo dolor lo llevó por las sendas de la más negra bohemia. Era un caballero bajo su camisa de un mes y tenía una manera de mirar de filósofo al cual todo se le debía disculpar. El poeta Pablo Suero, el de 1915, se perdió. Estrenó después muchas piezas teatrales y “cosas”, como él las denominaba desdeñándolas. Viajó, dejó reportajes atrevidos y valiosos reunidos bajo el título de *España levanta el puño*. Mientras, por aquellos días, pareceme verle en la redacción, balbuciente y lloroso, recitándome en un rincón alguna de sus jeremiadas: “¡ Oh! Carne, carne que eres la cruz en que estoy enclavado. . . ” Luego de una versión teatral de *La machona*, la entonces escandalosa novela de Víctor Margueritte, que yo había traducido premiosa y penosamente para el editor Torrendell, Pablo Suero estrenó *Barcos amarrados*, en colaboración con Héctor Pedro Blomberg.

Blomberg, si. Aún haciéndoles concesiones al periodismo, al teatro de la calle Corrientes, a ciertas revistuchas innominables y luego a la radiotelefonía, Blomberg vivió, sintió y escribió siempre como poeta. No lo malogró, ni en los comienzos teatrales, “el suero ofídico”, como entonces se decía de la colaboración con Suero. Tenía aspecto de hallarse siempre sumido en no se qué reminiscencias. Con la mirada perdida de sus ojos claros, sus modales pausados, su afectuosidad desdeñosa, su discreción, sus cabellos rubios bien asentados, aportaba a la redacción atisbos y nostalgia de puertos. Mostraba un señorío de hombre de mar. Mayor que casi todos nosotros, nacido en 1890, llevaba recorrido mucho mundo y publicado en Barcelona un volumen con poemas alusivos a sus andares exóticos: *La canción lejana*. Su madre era sobrina del mariscal paraguayo Francisco Solano López, y la infancia del futuro poeta laureado de *A la deriva*, había transcurrido entre jazmineros más que aromáticos y suaves arrullos fluviales. Traducía del inglés con fluidez. Era ducho en toda suerte de menesteres literarios y periodísticos.

Colaboraba asiduamente en *Caras y Caretas* y en *Fray Mocho* (formando con los redactores disidentes de la primera, encabezados por Carlos Correa Luna, cuando se constituyó en sociedad anónima). Blomberg reunía sus cuentos y poemas bajo títulos que constituían verdaderos aciertos y a los que ilustraba Alejandro Sirio: *Gaviotas perdidas*, *Las islas de la inquietud*, *Los habitantes del horizonte*, *Los peregrinos de la espuma*. Algunas tardes, luego que las rotativas italianas, con poca fatiga, daban fin a la tirada de nuestra *Patria*, llegaba Blomberg a la redacción y de allí salíamos para *El Magazine* donde, hablándole en inglés, extraíale al director, Alejandro Hoch, unos contados de los muchos pesos adeudados. Compartíamos determinada admiración por las venus negras y él siempre sabía de alguna inspiradora de canciones y leyendas.

Las primeras galeradas que en mi vida de galeote de las letras conocí fueron las que, luego del mediodía, me entregaban en el taller de *La Patria degli Italiani* y de *Le Courier de la Plata* donde imprimían nuestras modestas seis paginitas. El periodista catalán Luis Bertran (uno de los escasísimos sobrevivientes de aquella campaña) era el corrector oficial y yo le ayudaba como podía. Tarea ímproba, monótona e ingrata, amenizábala con la lectura de algunas páginas novelescas de mi particular predilección intercaladas entre aquellas tiras de textos pésimos y ramplones. “¿Qué haces, muchacho? ¡No pierdas tiempo!” —me decía el que entonces era ácrata y ahora un místico. Yo reanudaba mi abrumadora tarea y me justificaba: “Estoy depurando mi gramática...” A lo cual él, que ya me conocía, solía argüir: “¿Con qué?... ¿Con páginas de Baroja?” Así penetré en ese mundo particular y subyugante que es una imprenta periodística. Los conatos de aprendizaje en imprentitas de barrio, como aquella del judío Insam, donde conocí a Mariano Antonio Barrenechea en trance de estampar su *Ensayo sobre Nietzsche*, quedaron relegadas, abrumado yo como quedé por el fragor de las rotativas, la incesante lluvia metálica de las matriceras en las linotipos, las vaharadas atosigantes de las fundiciones y el dédalo de las bobinas de papel y periódicos recién

impresos. Aquel taller estaba en la calle Corrientes, entre San Martín y Florida, y el regente del caos era don Segundo Betta.

Entre burros, saca-pruebas y metálicas mesas de imposición, al compás de los mazazos que daban sobre las almohadillas, entré en contacto con dos escritores italianos entonces prestigiosos para lo cual no fueron óbice ni mis escasos años ni mis incipientes conocimientos periodísticos. Que así es la hermandad de la pluma y de la grasosa tinta de imprimir... Uno fue Comunardo Braccialarghe, el barbudo, renegrado y rebelde Folco Testena que, con fidelidad no perdonada por la "cachada" de sus colegas argentinos, tradujo al italiano el *Martin Fierro*, y que años después, con García Velloso, estrenaría *Los conquistadores del desierto*. Folco Testena, en el patio de la imprenta, esquivando los empellones de los canillitas que salían a escape voceando las frescas y fragantes páginas de *La Patria*, me presentó a Alfredo Bianchi, el cual mantenía a flote su *Nosotros* a fuerza de amistades benévolas y ágapes tan modestísimos cuanto bulliciosos. Delgado, con incipiente calva y unos lazos bigotitos, a través de los muchos años, evocó aún su amplia y dentada sonrisa. El efluvio afectivo que de Bianchi emanaba alentó a los principiantes. Muchos llegaron a ser algo gracias a él y a su revista. No todos le hicieron justicia, confundiendo torpemente lo que es privatio de la intimidación con la militancia en las letras, servidas por Bianchi con nobleza poco frecuente y desinterés rayano en lo inconcebible. Bianchi me invitó a una de las comidas de *Nosotros* y recuerdo haber pasado así mi primera comida literaria bajo las sombras propicias de las pestalozianas barbasas de don Francisco Chelía, que fue mi maestro en 1911, y las de mi flamante amigo Folco Testena, anunciándonos ya la aparición de su *Italia del Popolo*.

El otro periodista italiano con el cual, a poco de hacerme amigo, en cierto modo colaboré, fue el llamado "doctor" Augusto Vaccari. Grueso, ampuloso, siguiendo la línea de Soiza Reilly, escribía reportajes sensacionales, no dejando tranquilos a cuantos camanduleros, pitonisas y vividores se colocaban a su alcan-

ce. No era de procedimientos muy honestos, que digamos...; Algunas veces fraguaba los reportajes con fotografías trucadas. En cierta oportunidad le acompañé a una agencia de misas establecida frente a Santo Domingo, donde pobres sacerdotes casi menesterosos, por un peso, aguardaban a que se les llamara para officiar una misa o un sermón fuera de turno.

Yo le traduje a Vaccari alguna de aquellas "notas", luego publicada en *P. B. T.* Más tarde, con habilidad, supo cortarle a la medida al actor Roberto Casaux la comedia *The Equatorial*, un éxito digno del mundo financiero en cual mostraba a los actores.

Debí reportear al doctor Ernesto Quesada. Tema obligado: la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Me recibí muy de mañana en la inmensa biblioteca, en los altos de su casona de la plaza Libertad. Habló poco. Me prometió sus "declaraciones" para las doce del día. Recordé la advertencia que me habían hecho en la redacción. "Breve. Nada de "latas" escritas de las que el eminente "profesor" condimentaba". Luego de verle, me metí en un cafecito que a la vuelta encontré, confeccioné unas "declaraciones" semejantes a las que ya estaba harto de escuchar, las llevé al taller y, a la hora convenida, con las pruebas del reportaje en el bolsillo, regresé a lo de Quesada. Era un día de tremendo calor. Yo, más que por la canícula, traspiraba por el trance en que me hallaba. Tembloroso le entregué al profesor eminente la tira de papel todavía húmedo y fragante a tinta. Quesada me miró centellante. Casi me fulmina. Leyó las pruebas y me las devolvió, preguntándome: "¿Cuánto hace que trabaja en este diario?" Repuse: "Dos meses". "¡Bueno!... Está bien. Pero, para otra, espere a enterarse bien de mis opiniones. No generalice. ¿Entiende? ¡No-ge-ne-ra-li-ce! —recalcó, agregando:— ... "Y, para que se instruya sobre el tema, aquí tiene "mis" verdaderas declaraciones, y este ensayo que acabo de publicar..." (Las declaraciones ocupaban cinco páginas de apretada dactilografía y su "ensayo" sobre *La legislación agraria tunecina* contenía un ladrillo de aque-

llos en que se especializaba la Imprenta Coni, con unas 600 páginas).

En la esquina de Corrientes y San Martín estaba aún la peluquería y perfumería de *Deux Mondes*, en los bajos del hotel. Había sido una de las más lujosas de Buenos Aires. De tanto en tanto acudía a ella y aguardaba mi turno pasando revista a las publicaciones francesas que generosamente brindaba monsieur Salvador Gomis, el dueño. Subsistía el mobiliaje “art nouveau”, con las vitrinas de retorcidas formas y la puerta con cristal opaco y letras blancas y en relieve, donde decía “Baños y teléfonos”, en una rara vinculación de servicios. Arañas de trabajado bronce y escaroladas tulipas para las lamparillas eléctricas. Los sillones no tenían el ortopédico aspecto de los actuales. Pero, en cambio, las sonoras cremalleras todavía repercuten en mis oídos, al final del corte de cabello y cuando el fígaro se aprestaba a pasar la navaja por mi casi impúberes mejillas. Aquel ruido y el estrépito producido por los dobles juegos de ruedas de los grandes vagones del Lacroze, están vinculados a mis días de aprendizaje en *La Patria*.

En la vereda frontera, la de los impares, estaba el café Paulista, frecuentado por mucha gente del Correo Central, el cual ocupaba el gran edificio de Anchorena. Yo ayudaba por la tarde a don Luis Bouché, periodista de raza y padre de mi amigo el infatigable León, que no le ha ido en zaga. Yo solía ayudarlo a despachar sus “cables” para los periódicos provincianos de los cuales era corresponsal. Previa pegadura de los recortes de los diarios de la tarde sobre los formularios telefónicos, con la entintada pluma, tachaba arteculos, adjetivos y demás palabrería innecesario, dejando escasas palabras en la información. Bouché era un hombre bonachón y nos retribuía la tarea con un cacao mediano de los que, por treinta centavos, despachaban en el café. Aquellas oficinas del telégrafo y las de Poste Restante, por la tarde, servían de refugio a las trotonas que recorrían el barrio llevando un chiquilín de la mano, para eludir la policía. Allí se los pasaban de

la mano de la una a la de la otra, saliendo de prisa para el hotel Kaiserhoff, posada del amor andariego e igualmente refugio de escribas.

Uno de los huéspedes del Kaiserhoff era Alfonso Gorosábel. En lo pintoresco, Gorosábel superaba a todos los de *La Patria*. Desde temprano, valido de la proximidad de su alojamiento, esgrimiendo enormes tijeras, establecíase en la cabecera de la llamada mesa de redacción. Recortaba de la prensa matutina las informaciones que debíamos utilizar. En lo físico, parecíase a una mala caricatura del dramaturgo español Joaquín Dicenta. Creo que él mismo se afanaba en parecersele con sus ojillos pitañosos ocultos bajo los pronunciados arcos ciliares, su calvicie amarillenta defendida por cuatro pegoteados y una desdentada boca de la que no se desprendía un apagado pucho. Gorosábel, pese a sus violentas y españolísimas imprecaciones, era un hombre bueno. Su fea cara solía sonreír con milagrosa benevolencia. Tenía sus veleidades de escritor y colaboraba en *Caras y Caretas*. Por aquel entonces su pasión era el teatro. Toda su inspiración la volcó en una pieza cuyo libreto conservo. Lleva el título de *La cabeza de Holofernes*, y, por más que él aseguraba que se había inspirado en Flaubert y en Oscar Wilde, no se la admitieron ni el sicalfptico teatrillo Cosmopolita, de la cercana calle 25 de Mayo.

Enrique Richard Lavalle, poeta y dandy, no se desprendía de su "cavour" (el catalán Bertran aseguraba que era un balandrán recortado...) ni en la plenitud del rigor estival. Así le conocí en aquellos días de enero. Aportaba informaciones y composiciones poéticas alusivas para la sección de Vida Social, con la cual aspiraba a competir con la consagrada de *El Diario*, de Láinez. Entre "viajeros para Ascochinga" y funerales en el Pilar, el vate decía: "Mi historia es breve y trivial, / Señora, amé sin fortuna, / Y para curar mi mal / Me enamoré de la luna..." Richard Lavalle, con el pseudónimo de Sara H. Montes publicó un popularísimo tratado destinado a los usos y costumbres en sociedad, escribiendo novelas

breves en el género semanal que aquí se puso en boga a partir de 1917, siguiendo el ejemplo de las editadas en Madrid por iniciativa de Eduardo Zamacois. Lo malo de Richard Lavalle era que, en el estilo amanerado y arcaizante, imitaba a Valle Inclán, Ricardo León y Diego San José. Esto no se lo perdonaba Enrique Larreta quien en su *Gloria de Don Ramiro*, si bien en tamaño mayor, había hecho otro tanto.

Me corresponde confesar que tuve la fortuna de un fracaso, sin el cual habría debido colaborar en la sección de Richard Lavalle. Ocurrió que, a raíz del fallecimiento de la madre de Ezequiel Paz, me enviaron al palacio de la Plaza San Martín, donde está actualmente el Círculo Militar, para que obtuviera la nómina de distinguidos concurrentes. Decidí actuar a mi modo. Estuve en la lujosa residencia, convertida en un cardumen de eminencias, y luego ocupé una de las berlinas destinadas a los deudos. Me veo aún, achicándome, con mi trajecito gris veraniego y mi rancho, frente a dos personajes enchisterados y eneresponados mirándome adustos. En cuanto llegamos a la iglesia del Pilar, descendí y acudí a la sacristía donde los funebreros enlevitados iban dejando en una gran bandeja las tarjetas de pésame recogidas. Consideré que perdería mucho tiempo si me ponía a copiar los nombres. Colmé con ellas mis bolsillos, salí a escape y, una vez en la redacción, inicié la retahíla, copiándolas...

A la hora, me habían ubicado, presentándose los de Mirás para retirar las tarjetas de condolencias. Ugarte me reconvinó con estas que, para mí, fueron palabras de premio: "¡Deje usted de hacerse el Soiza Reilly!" Pero, de los diarios de la tarde, *La Patria* fue el que dio la lista completa.

José Antonio Saldías, el "Negro", como afectuosamente le llamaba Javier de Viana, llegó una tarde a la redacción en compañía de un hombre joven, de mirada penetrante y afectuosa. Saldías, con sus movidos 24 años, era ya el aplaudido autor de *El distinguido ciudadano*. Su impoluto cuello de palomita podía rivalizar con la elegancia de su compañero. Era éste René Zapata Quesada, promisorio poeta mendocino, recién

iniciado en el teatro con Oliverio Girondo Uriburu, firmantes ambos de la pieza *La madrastra*. Zapata Quesada preparaba su *Exaltación de mi tristeza y de mi lujuria*, sonoro libro en el cual abundaban “rogativas abyectas”, pinturas de burdeles y toda suerte de inquietudes propias de aquel momento poético. Recitaba sus composiciones con tembloroso tono. Recuerdo una “noche bizantina” que comenzaba así: “Hay una pestilencia sexual en la foscura / de esta trágica noche bizantina...” Aquella tarde, en compañía de Saldías y Quesada, me demoré más de la cuenta junto al “estañó” del almacén del Correo, en Corrientes y Reconquista. Lamenté no haber continuado mi amistad con el poeta, la que él afirmó dedicándome su libro. La vida es así. Nos aproxima fugazmente a seres con los cuales hubiéramos coincidido en ideas y sentimientos a lo largo de muchos años.

En agosto de 1915 había aparecido *La Nota*, dirigida por el Emir Emin Arslan. Este personaje, entre pintoresco y simpático, era turco. La guerra lo dejó en el aire y, como tenía cierto desenfado y algunas veleidades literarias, rodeado por algunos escritores y políticos embanderados con los beligerantes aliados, editó la revista que duró hasta pasado el año 1920. Siguiendo la huella de Pierre Loti, el Emir escribió o, si se quiere, edulcoró un relato similar a *Las desencantadas*, abundando en detalles de alcoba y otras minucias domésticas de los harenes otomanos. El ex-ministro turco seguía asiduamente a Ugarte, apareciendo ventripotente, con sus blancos chalecos, en cuanto tablado o escenario se encaramaba mi director para proseguir en su liza contra el imperialismo yanqui. El Emir, con la promesa de anuncios que obtendría entre sus amistades francesas e inglesas, lo engatusó a Ugarte. La publicidad no se produjo, y el turco comenzó a ser como una mala sombra en la administración del periódico.

Desembocando en Florida, por Corrientes, a la izquierda, en el 323 estaba la librería de Arnoldo Moen, de la cual Manuel Gálvez ha hablado bastante en su *Mal metafísico*. Doblando hacia la derecha, a mitad de cuadra, número 436, Juan

Roldán, con dos grandes vidrieras, tenía su librería *La Facultad*, recién mudada de la cuadra anterior e instalada con un lujo y señorío desusados. Roldán mostraba un aspecto prócer, barbudo, doctoral. Ingenieros, que no lo estimaba, decía incendios de él, recordándolo como entregado en su mocedad, en Rosario, a humildes menesteres. Lo cierto es que don Juan, en 1915, se regodeaba sabiéndose protector de algunos escritores conocidos... a los que abría generosas cuentas corrientes, muchas de las cuales, jamás canceladas, con el correr de los años perjudicarían al establecimiento y a los hermanos Bernabé, sus sucesores. En *La Facultad*, como en vitrina, contemplé a tales próceres que, tras cada uno de los frecuentes viajes de Roldán a Madrid, recibían de sus manos algunas piezas de la cacharrería numismática utilizada por Alfonso XIII para honrar a sus "vasallos" ultramarinos. Así conocí a Joaquín González, a Ricardo Rojas, a Luis Roque Gondra... Con José Miguel Bernabé y su hermano Adolfo, trabajaba otro empleado de nombre madrileñísimo, don Atanasio, de voz ronquiaguarentosa y dicharachero. Colaboraba también Juan Carlos Torrendell, hijo del crítico; el futuro popularísimo editor, todo un ardilla, publicaba por su cuenta folletos y libritos vendidos y correteados en las horas de franco... utilizando la bicicleta de *La Facultad*. Si intercalo estos recuerdos de aquella librería es porque en ella dejé mis primeros pesos ganado a duras penas en el periodismo y otros menesteres aledaños. Allí pude adquirir tomos en pasta española de las editoriales Jorro y España Moderna, pagando precios hoy inverosímiles: pesos 1,75 y 3,00, por ejemplo, por el *Zarathustra* en la versión que con el pseudónimo de Fernández hizo Unamuno; el *Diario de Amiel*; *La Ciudad antigua*, de Fustel de Coulanges; la *Literatura española* de Fitzmaurice-Kelly, y tantos otros que, en el presente, inabordables, para los estudiantes resultan joyas bibliográficas. Ricardo Rojas era otro de los autores de la casa, para la cual preparaba su *Biblioteca Argentina*, destinada a rivalizar con la *Cultura* que propulsaba y dirigía Ingenieros. Manuel Ugarte, algunas tar-

des, antes de constituirse en la redacción, hacía un alto en la librería. Allí le veía yo. Solía preguntarme:

“Y... ¿qué tenemos para mañana?”, orientándome frecuentemente sobre el tono que debía imprimirle al reportaje de turno. Prefería aquellos de índole técnica, los relacionados con la ganadería, la agricultura y la producción. Cierta tarde, habiendo encarado yo, con la ofuscación propia de la inexperiencia, un comentario relacionado con ciertas denuncias sobre el funcionamiento de los entonces incipientes yacimientos petrolíferos fiscales, me pegó un tirón de orejas advirtiéndome que “no era posible decir las cosas tal cual se sentían”. Quedé muy fastidiado. Hoy, releendo el articulejo, reconozco que le asistía toda la razón. Mas, aquella tarde, cuando regresé a la redacción cariacontecido, no me hicieron gracia las anécdotas que relataba sobre el escatológico juez Carreño mi amigo Olivera, y hasta pensé en presentar mi renuncia.

José Irurozqui Garro, veterano periodista, con muchas mañas y abundantes conocimientos gramaticales, era el secretario de redacción desde la salida de Puga. Su toscano eternamente apagado entre los labios, rivalizaba con el pucho de Gorosábel. Tachaba y corregía, implacable si se trataba de errores gramaticales. Luego del almuerzo, mientras el diario entraba en máquina, se aletargaba, propinándose unas siestas rigurosamente provincianas, abroquelado tras las pilas de paquetes de ejemplares no vendidos de *La Patria*, que amontonaban en un desván. Irurozqui, erudito y abúlico, colaboraba regularmente en *El Hogar*. Con el correr de los años, cada vez más declinante, se instalaba en algún café de la Avenida de Mayo, entornando los ojos para eludir la picazón del fuerte tabaco de su toscano. Como yo le respetaba, así le ví acribillando con sus correcciones el ejemplar de una de mis primeras novelas que tuve la temeridad de someter a su juicio.

El doctor Francisco A. Barroetaveña —perita entrecana, jaquet cortón y galera cuadrada—, radical de los del 90, no faltaba cuando se trataba de algún “acto” aliadófilo. Fue el redescubridor del poeta Almafuerte que, lo era a su vez, más

retumbante y ardoroso. Su *Apóstrofe contra el Kaiser* dióle momentánea nombradía, poniendo de manifiesto su estro poético. Conducido por Barroetaveña y escoltado por otro adieito, un mequetrefe desfachatado y cleptómano por añadidura, estuvo Almafuerte en *La Patria*, para recibir muestras de nuestra no muy férvida admiración. Cabezón, picado de viruelas el rostro oliváceo, desprovisto de sus apostólicas barbas, Pedro B. Palacios, metido en una indumentaria propia de político en cierne y sin saber qué hacer con sus guantes color patito, entonces en boga, nos desconcertó. Deslizándosele las antiparras por la abultada nariz, nos endilgó un abrumador fragmento de su poema, aquél en el cual llamaba al emperador teutón “Duleamara de las artes y las letras... Negro histrión...” Como pudimos, soportamos el aluvión rimático y onomatopéyico, y Ugarte, con promesas que no cumplió, aseguróle que asistiría al homenaje de turno que a “Bélgica, la mártir” se le tributaría días más tarde en La Plata. Manuel Ugarte tenía bastante de diplomático y de hombre mundano. En sus amabilidades deslizaba siempre un atisbo de humorismo no desprovisto de probado buen gusto.

En un viejo cuaderno conservo los recortes de las entrevistas que para *La Patria* efectué en enero de 1915. Vuelvo a verlo al doctor Saavedra Lamas, nervioso y encuellado, dándome, con un folleto dedicado, detalles sobre su proyecto de “escuela intermedia”. Ricardo Rojas, también de cuello desmesurado y renegrada cabellera, en su medioeval residencia de la calle Rivadavia, me entrega un ejemplar también plúmbeo de sus *Actas capitulares de Jujuy*. A falta de reportaje a Palacios —enemistado con Ugarte, luego de la cuestión caballeresca que le costó su banca parlamentaria y provocó su expulsión del viejo partido socialista— lo visité al poeta José Muzilli, autor de una flamante *Lámpara de alabastro*, el cual se tocaba con un chambergo palaciano, cuyas amplias alas levantaba por ambos lados. No faltó el reportaje a Ricardo Levene, moviendo ya sus diestras antenas hacia la Junta de Historia y Numismática. Figuró igualmente el general Garmendia con unas ex-

plosivas declaraciones sobre la influencia germánica en los ejércitos sudamericanos, que se apresuró a reproducir *El Mercurio* de Chile. Figuraron Martín Gil, el astrónomo repentista; Alberto Ghirardo, ex-ácrata trocado en dulzón vate; el financista Hansen, José León Suárez, ¡y tantos! De ellos sólo resta el recuerdo expresado en unas deleznable tiras amarillentas.

Quiero terminar evocando al amigo, al que no olvido y periódicamente frecuento recorriendo una larga veintena de libros en los cuales palpita aún, su noble y sabio espíritu, su inextinguible impaciencia, su cabal cultura, su limpieza de alma. A pesar de su aire añinado, casi diría angelical, era ya evidente en José Gabriel una efectiva energía y no menos resolución. Su nombre completo era José Gabriel López. Asturiano, de humilde origen, para ayudar a su madre (retratada con fuertes trazos en la novela *La fonda*) pintó hasta cartelones callejeros. Pasando por delante de la tienda Los Lutos, que estaba en la calle Suipacha, un día me decía: "Mirá... Estas letras las pinté yo, a razón de un peso cada una"... En *La Patria* tenía a su cargo la crónica municipal. Sonriente siempre, agradable la mirada, fresca y bien dentada la boca, vestía con atildamiento, más bien, como le decía yo, con azorinesca pulcritud. Le veo aún con saco negro y pantalones de rayas. Era limpio de aspecto, de alma, de intención. No conocí muchos como él. Ni entonces alcancé ni ahora alcanzo a explicarme el motivo por el cual Gabriel, teniendo tantas condiciones no triunfó definitivamente, como le correspondía. Era un optimista, un entusiasta, un hombre fuerte. Luchaba y parecía salir airoso. No obstante, ahí se quedó, para morir repentinamente, golpeando con su hermosa frente sobre el teclado de la máquina de escribir de la redacción de un periódico de ínfima categoría. El, que pudo estar cómodo en el primero, entre los primeros. En 1915, en los comienzos de 1916, alertado para las más inminentes actividades del espíritu, seguía a "Xenius", a Eugenio d'Ors, y ya andaba —mejor dicho, andábamos— con sendos ejemplares del *Glosari* y de *La bien plantada*, esta última, arquetipo femenino en el cual él veía ya el amor único de su

existencia. Según Ernesto Palacio, en un soneto que me dedicó, José Gabriel era medio loco. Divina locura, entre quijotesca y unamunesca, digo yo, que de ambos tenía. Metido andaba desde aquellos días en luchas universitarias y de no se qué autonomías de claustro; ataques a profesores como aquel doctor Horacio G. Piñero, con el cual se ensañó en su *Educación filosófica*; vuelcos admirativos hacia el “novecentismo” y su mencionado inspirador; polémica con su secuela de duelos; ardorosos descubrimientos de figuras literarias cual Benjamín Taborga, raro, promisorio, eruditísimo, mezcla afortunada de intelectual de gabinete y de atleta, dionisiaco y sobrio, bohemio y gran señor, que ya atisbaba con claridad y plenitud el problema fundamental y doloroso del intelecto contemporáneo. Aquel filósofo, pronto desaparecido, acompañaba asiduamente a Gabriel, sin desprenderse, entre otros papeles, del manido ejemplar de la *Revista de Educación* platense en el cual, un rico ensayo suyo encomiaba el sacrificio como base de la cultura, de la enseñanza y del aprendizaje. Escribía en *La Gaceta de Buenos Aires*. Pasábase con su amigo largas tardes en la biblioteca del Museo de Bellas Artes y no pocas noches en la Nacional. Otras veces llegaba a *La Patria* y los tres salíamos felices, dispuestos a propinarnos unos atardeceres peripatéticos y natatorios en los andurriales que luego fueron convertidos en Balneario Municipal. Fue Gabriel el fiel discípulo de Benjamín Taborga, cuyo *Novísimo Organo* editó luego de su muerte, acaecida en 1918. Con sangre de astures los tres, soy el único que sobrevive para no olvidar aquello de que la vida, ante todo, es una cuestión de forma.

La tarde del 15 de febrero de 1916, mientras corregía en el taller, Luis Bertran, sin proferir palabra, me tendió una pequeña prueba. Eran nueve líneas, en negros caracteres y compuestas a dos columnas. Comenzaban diciendo: “En vísperas de constituirse definitivamente en sociedad anónima, *La Patria* suspende hoy su publicación...”

Una hora más tarde, con el viejo Bouché, ante uno de los pupitres del telégrafo, estaba en mi modesto traginar. El veterano corresponsal recortó la información del último ejemplar de *La Patria* que tenía. Me la entregó para que la pegoteara y tachara lo superfluo. Se limitó a decirme: "Dála también. Por que es noticia".

E. M. S. DANERO

Gaeberler 1029, Morón (Buenos Aires)

